

Inglaterra; torna a México con la expedición de Javier Mina, de la cual era alma el inquieto fraile, secularizado ya por el Papa Pío VII en 1803; es reaprehendido por la Inquisición, enviado al Castillo de San Juan de Ulúa, con rumbo a Cádiz; en la travesía, al llegar a la Habana, logró escaparse y huyó a los Estados Unidos. Allí oyó el grito de la patria libre, y su anhelo fué volver a ella; lo realizó; fué encarcelado al regreso por Dávila y reinternado a Ulúa, de donde salió para cumplir con su misión política de diputado al primer Congreso Constituyente en el año de 1822, representando a su provincia del Nuevo Reino de León. Todavía, a los sesenta años, enemigo del primer Imperio, conspirador republicano, sufrió su última prisión e hizo su última escapatoria.

Una existencia tan sin reposo, tan movедiza, tan atormentada, tan febril, no podía producir obra artística ponderada y grave. Así sucedió. No la produjo. Escribió como vivió, con precipitación, con urgencia. Es el primer historiador de la Insurrección. Su libro *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac*, apareció en el año de 1813, cuando el cura Morelos agitaba todavía, con alientos de epopeya, las llamas del incendio revolucionario. La im-

primió en Londres, oculto bajo el nombre del doctor José Guerra, y es un acalorado ataque al editor de la *Gaceta de México*, el pillito Juan López Cancelada, por su folleto en pro de la causa española. Esta obra de Mier comenzó a ser protegida pecuniariamente por el Virrey Iturrigaray, quien deseaba sincerarse del cargo de explotador sin escrúpulo de las prerrogativas de su alto puesto; pero, a la mitad del primer tomo, la *Historia* de fray Servando se convierte en una *apología* (así la llama) de la causa insurgente y de sus hombres.

La relación de los hechos, verídica en el fondo, está desordenada, y en algunas partes, confusa. Es interesantísima, con su estilo vivaz pero incorrecto, descuidado, llano en veces, como el del *Pensador*, como el de Bustamante, hasta la familiaridad y la vulgaridad. Sin embargo, páginas enteras tienen la conmovedora elocuencia de la verdad y de la convicción. Habla en ellas un hombre de extraordinaria elevación moral y de luminosa claridad de pensamiento. Una fe absoluta en los destinos de la Patria mueve la mano que trazó aquellas calientes imprecaciones. Es cierto que la forma ardorosa llega, en ocasiones, hasta la *tirada declamatoria*, lo cual no es de extrañar en aquellos



tiempos en que todos, para exaltar los ánimos, para embriagar las pasiones con palabras, usaban de este estilo hinchado y pomposo, estilo revolucionario, de arenga y de proclama, que se bebía en las turbias fuentes *jacobinas*, de Marat, Robespierre y Vergniaud.

Mier no es un crítico frío y severo en su *Historia*; es un fogoso razonador. Analiza cuanto se lo permite su caldeado temperamento, su acometividad impetuosa y violenta. No juzga, precisamente; ataca, y, atacando, ridiculiza, zahiere, burla. El chiste, la salida oportuna, el gracejo, y, aquí y allá, el sarcasmo, le sirven de armas favoritas. Con ellas lancea y deja malheridos a sus contrarios. Muestra constantemente ilustración, erudición, vastos y variados conocimientos. En sus formas de razonamiento, de un *escolasticismo* pesado, se revela el universitario, el estudiante acostumbrado a sostener actos públicos ante un concurso de birretes borlados. La *Historia de la Revolución de Nueva España* carece de plan fundamental; no tiene proporción ni armonía; es intrincada, retorcida y caprichosa como el ramaje de una planta silvestre; pero tiene, en algunos puntos, la natural belleza de la sinceridad y del sentimiento, y en otros, la fuerza avasalladora de la razón y de la justicia.

En Inglaterra también escribió su *papel*—seguiremos usando del vocablo arcaico— *Carta de un americano al Español en Londres*. Este español era nada menos que el tremendo Blanco White, un alma gemela de la de Mier por su inquietud y por su frenético amor a la verdad y a la libertad. Blanco White se hizo un bravo partidario y un violento defensor de la causa americana. El fué el primer ibero que escribió estas memorables palabras: «El pueblo de América ha estado trescientos años en completa esclavitud... La razón, la filosofía, claman por la Independencia de América.»

De vuelta de su éxodo, en los Estados Unidos, escribió una *Memoria política instructiva*, libro de propaganda insurgente.

Pero ningún trabajo suyo enseña tan completos sus cualidades y defectos literarios como la autobiográfica *Apología*: Allí se ve, de cuerpo entero, al hombre y al escritor: aquél violento, pero candoroso y tenaz; éste desmañado, pero vibrante y ameno.

Y aquí llegamos a un mérito fundamental en la literatura de Mier: la amenidad. Es un *conteur* gracioso y sencillo. Corre, fácil y simple, la frase en sus narraciones, como si un conversador de estrado entretuviese a los concurrentes en



una tertulia. Y esa frase, a veces punzante e irónica, a veces tierna y dolorosa, es a cada momento breve, incisiva, sintética, para compensar así los períodos que se deslizan lentos, graves, con aire doctoral, y, a modo de montera de dómine, con su final y sentenciosa cita latina.

Hay en la *Apología* ilustración, erudición, y particularmente observación personal y genuina. Es un curioso libro de Memorias que contiene anotaciones exactas sobre hombres y cosas.

Se diría escrito diariamente bajo el imperio de una impresión recién recibida. Y estas observaciones, estos juicios de los seres y de las cosas, no son hondos, ni penetran en la raigambre, porque, por rápidas, son un poco superficiales. No baladies, eso no; siempre llevan un sello innegable, como dije, de talento, de ilustración, de cultura. Les falta quizá justeza y robustez; pero no precisamente verdad ni realidad; por el contrario, se ve en ellas al hombre acostumbrado a perseguirlas y darles alcance. De cuando, en cuando sus anotaciones son pueriles, aunque graciosas y pintorescas. Oid:

«En Bayona y todo el departamento de los Bajos Pirineos hasta Dux, las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las vascas; pero nunca sentí más el influjo del clima que en co-

menzando a caminar para París, porque sensiblemente vi, desde Montmarzan a ocho o diez leguas de Bayona hasta París, hombres y mujeres morenos, y éstas feas. En general las francesas lo son, y están formadas sobre el tipo de las ranas. Mal hechas, chatas, boconas, y con los ojos rasgados. Hacia el Norte de la Francia ya son mejores.»

Y luego, su ligereza se torna en seriedad compasiva:

«Pasando de lo eclesiástico a contar algunas cosas seculares, se trabó entonces, ya se supone que por insinuación de algunos amigos convenidos, en dar a Bonaparte, en recompensa de la paz de Amiens, el Consulado por diez años. Pero él, que por una instrucción violenta había destruído el Directorio y los dos Consejos de los quinientos y de los ancianos, a los cuales sustituyó el Consulado, el Cuerpo legislativo y el Senado, se hizo nombrar cónsul a vida, pensando ya sin duda en el Imperio. Entonces vi que todo es fraude en el mundo político. Se abrieron registros para que el pueblo concurriera a dar su voto. Ocurren a firmar los interesados; y los que no concurren, porque no quieren consentir, pero tampoco quieren declararse por enemigos, se dan por favorables conforme a la regla «qui



tacet, consentire videtur» o «quien calla otorga». Y luego se publica que hubo en su favor tantos millones. ¿Y quién podrá o se atreverá a desmentir públicamente la especie? ¡Pobre pueblo! Y ciertamente nunca vi uno más ligero, mudable y fútil que el de Francia. Basta, para arrastrarlo, hablarle poéticamente, y mezclar por una parte algunas agudezas, que son su ídolo, y contra los contrarios el ridículo, que es el arma que más temen. Allá los hombres son como mujeres y las mujeres como niños...»

Desde el punto de vista estético, la observación le sugiere ideas de un atinado buen sentido:

«En orden a modas—las más veces ridículas—dice—noté una cosa en mi tiempo, que me pareció racionalísima, y era que no había entonces moda determinada en París, y cada mujer se vestía diferentemente conforme convenía a su figura. El peluquero, como nadie usaba polvos, era un hombre de gusto que, después de observar atentamente el gesto de la persona, su fisonomía, color y ojos, iba ordenando los adornos propios para hacer sobresalir la hermosura; cabellos largos o cortos, rubios o negros, turbantes o flores, tal color de vestido, de arracada, de gargantilla, etc. Así, en el baile que dió el ministro del Interior al príncipe de Parma, que

pasó a tomar posesión del Reino de Etruria, había quinientas, y nadie emparejaba con otra. Así entonces también me parecieron las mujeres hermosas en París; cuando en 1814, que volví a él, me parecieron demonios con la *chinoasa* o vestido y peinado a lo chino. A proporción de las mujeres variaban los hombres, especialmente el corte del pelo, y conocí claramente por qué, a veces, una misma mujer que hoy nos parece bella, mañana no tanto, o fea: no conviene el traje a su fisonomía.

»También noté cuán ridículos son los monos. Los españoles son el mono perpetuo, en sus vestidos y costumbres, de los otros europeos, principalmente de los franceses, cuyas modas adoptan sin distinguir tiempos ni ocasiones, y por eso son más ridículos. Vi, en llegando el invierno, a las mujeres del pueblo con palillos. De allá nos vino la moda que duró por toda la nación española tan largos años; pero ni allá los llevaban las señoras ni nadie sino en tiempo de invierno, en que todas las calles de París son un lodazal, y de allí le vino en latín el nombre de *Lutetia*: los españoles agarran la moda y la usan en todo tiempo. De Francia vinieron las botas y las medias botas, pero sólo se usan allá en tiempo de invierno por el lodo dicho; y ni en este



tiempo se atrevería nadie a presentarse con ellas en una casa decente, ni se le admitiría, y en Inglaterra, ni en un teatro real. Mi español se las encasquetó para el verano también y se presenta con ellas en todas partes. En tiempo del *sansculotismo* y pobreza se inventaron las levitas que los italianos llaman cubre miseria, pero en Francia es un *deshabillé*, esto es, es un vestido sin ceremonia, de casa: nadie se presentará con él en tertulia. El español lo ha hecho un vestido solemne y general.»

La malicia de Mier, combinada con su pasión y su ilustración, le sugiere asimismo, a cada rato, intencionadas y graciosas pinturas caricaturescas de las cosas que ve en su *viaje entretenido*. Lo grotesco, lo picante, y algunas veces lo grosero, lo atraen, lo seducen. Gusta de dejarlos asomar aquí y allá, en las descripciones y juicios:

«Sin salir jamás—apunta—del circuito del *Palais Royal*, se puede tener todo lo necesario a la vida, al lujo y a la diversión. Había allí once cocinas, catorce cafés, dos teatros grandes y tres pequeños, etc., y hasta secretas con su *bureau* o mesa de cambio de monedas, y gentes de peluca que ministraban servilletas para limpiarse y agua de *lavande* o alhucema para salir

con el trasero oloroso. Y hasta de las malas mujeres se venden por allí, a hurtadillas, almanques, ya en prosa, ya en verso, con sus nombres, habitaciones, dotes y propiedades.»

Los pasajes chuscos y divertidos se suceden por todas partes, interrumpiendo una historia de dolor, de heroísmo y de voluntad. Estos incidentes y una candorosa vanidad acerca de la gallardía personal y del valer intelectual de fray Servando, nos obligan a sonreír con dulzura, o a reír con franco regocijo. Tal vanidad no es en Mier repugnante, ni siquiera molesta; es, por el contrario, simpática, por sincera, por espontánea, por infantil. Es un orgullo de niño.

«Yo fui embarcado hasta León, y allí atravesé la Provenza en la zaga de un coche, abrasado del sol, hasta Marsella, y vi en Viena, cien pasos fuera, el sepulcro de Pilatos. Tenía la fortuna de que mi figura, todavía en la flor de mi edad, atraía en mi favor a los hombres y a las mujeres: el ser de un país tan distante como México me daba una especie de ser mitológico, que excitaba la curiosidad y llamaba la atención; mi genio festivo, candoroso y abierto, me conciliaba los ánimos; y en oyéndome hablar, para lo que yo procuraba comer en mesa redonda, todos eran mis amigos, y nadie podía persuadirse de que un



hombre de mi instrucción y educación fuese un hombre ordinario...»

Pero multiplicaría yo las citas. La estancia de Mier en Francia, en Italia, en Cataluña, en otros lugares de España, le da motivo para observar curiosa y desenfadadamente. En Madrid su genio irónico cosquillea y provoca la risa. Ved, por ejemplo, este cuadro de Goya:

«Casi el día que llegué vi por la calle de Atocha una procesión, y preguntando qué era, me dijeron que era la Virgen P... Y es que como la imagen es hermosa, la asomaba por entre rejas una alcahueta para atraer parroquianos. El lenguaje del pueblo madrileño anuncia lo que es, un pueblo el más gótico de España. Una calle se llama de *arrancaculos*, otra de *tentetieso*, una de *majaderitos anchos*, otra de *majaderitos angostos*. Uno vende leche, y grita: ¿Quién me compra esta leche o esta mierda? Las mujeres gritan: ¡Una docena de huevos! ¿Quién me saca la huevera...?»

»Oí pedir limosna: Señor, que me pele una limosna por Dios chiquito; es la Procesión del Buen Pastor; Corpus es Dios grande. A toda esquina se le llama esquinazo y a la puerta de una casa, portal.

»En el centro de Madrid vive gente fina de

todas las partes de la Monarquía; pero no puede salir a los barrios porque insultan a la gente decente. En los barrios se vive como en un lugar de aldea. Los hombres están afeitándose en medio de las calles y las mujeres cosiendo. El barrio más poblado e insolente es el del Avapiés. Y cuando hay fandango de manolos en los barrios, el del Avapiés es el bastonero. Esta preferencia la ganaron en una batalla de pedradas que se dieron montados en burros. Los mismos Reyes tienen miedo de ir por allí, y paseando un día la Reina en coche por junto al río Manzanares, donde lava el mujerío manolo, la trataron de pu..., porque el pan estaba caro. La reina echó a correr, y prendieron unas treinta que luego soltaron, porque la cosa no era sino demasiado pública.»

Todos estos rasgos de *humorismo* sano y sencillo, nos sirven, mientras vamos leyendo, para reconstruir la España de Carlos IV y resucitar, con pormenores característicos, a los hombres, tanto como para reproducir en la pantalla imaginativa las costumbres y las cosas.

Esta *Apología*, esta historia pandemoniaca, escrita a los impulsos del afecto y del aborrecimiento, con lágrimas y risas, esta maravillosa linterna por la que pasan episodios de tristeza,



de desesperación, de alegría, de cólera y de burla, es, desde el punto de vista literario, la obra más importante de don Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra. Está incompleta, por desgracia, en el punto de mayor interés. No sabemos, sino por narradores fríos, la continuación de esta existencia atormentada de amor a la libertad. Otros libros son tal vez de mayor trascendencia: los de historia y los de política. Pero, lo repetimos, en ninguno se revela mejor el hombre; en ninguno se muestra más seguramente el escritor. A pesar de sus incorrecciones de lenguaje, de su léxico pobre, de sus ligerezas y extravíos, derrama calor humano; es potente porque está vivida. Debe leerla aquel que sienta flaquezas morales y necesite reforzar y estimular sus energías. La *Apología* es una inolvidable lección de cultura de la voluntad.

Fray Servando, ya secularizado, continuó los prodigios de su vida sobresaltada. Organizó, como digo arriba, la expedición de Mina; buscó y halló en países extranjeros, para la formación de la Patria, fe, valor y dinero. Todavía a los sesenta años intentó y realizó su última fuga. Su clarividencia no se ofuscó ante el espectáculo, cuadro de *opereta*, del Imperio de Iturbide, al cual dirigió crueles epigramas. Don Lorenzo

de Zavala, que nunca vió con buenos ojos a Mier, refiere que éste llegó por el mes de julio de 1822 a México, escapado de San Juan de Ulúa, en donde le tuvo prisionero el general Dávila. Estaba nombrado diputado por su provincia, y entró desde luego a ejercer sus funciones, «aunque, siendo religioso dominico, no era legal su nombramiento. (1)

»Este eclesiástico había adquirido cierta celebridad por sus padecimientos y por algunos escritos indigestos que había publicado en Londres sobre la revolución de Nueva España. Desde el momento de su llegada a México se declaró públicamente enemigo de Iturbide, contra cuya elevación el trono había ya manifestado sus opiniones desde que pisó al territorio. No faltaron quienes dijeron que Dávila le había dejado en libertad con el objeto de lanzar ese elemento más de revolución entre los mexicanos. En efecto, por tal debe reputarse a este hombre, cuya actividad era igual a su fecundia y osadía. Hablaba del Emperador con tanto desacato, ponía tan en ridículo su Gobierno, que el tolerarle

---

(1) Está en un error Zavala. Mier fué secularizado en Roma en el año de 1803. Véase la *Colección de documentos* de Henández Dávalos, tomo VI, pág. 854.



hubiera sido un principio de destrucción más entre tantos como existían. Declamaba en el Congreso, en las plazas, en las tertulias, y predicaba sin embozo, provocando la revolución contra la forma adoptada.» (1)

Y, sin embargo, el criterio de fray Servando se había serenado y robustecido por la experiencia y el estudio. No era ya un jacobino al rojo blanco como en sus primeros años. Su retrato político está pintado por él mismo en su famoso discurso del 13 de diciembre de 1823, pronunciado en el primer Congreso Constituyente e impreso más tarde con el título de *Profecía del doctor Mier sobre la Federación Mexicana*.

«... Yo también fui jacobino, y consta en mis dos *Cartas de un americano al Español en Londres*, porque en España no sabíamos más que lo que habíamos aprendido en los libros revolucionarios de la Francia. Yo la vi veintiocho años en una convulsión perpetua; veía sumergidos en la misma a cuantos pueblos adoptaban sus principios; pero como me parecían la evidencia misma, trabajaba en buscar otras causas a que atribuir tanta desunión, tanta inquietud y tantos

---

(1) Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México*.

males. Fui al cabo a Inglaterra, la cual permanecía tranquila en medio de la Europa alborotada, como un navío encantado en medio de una borrasca general. Procuré averiguar la causa de este fenómeno; estudié en aquella vieja escuela de política práctica, leí sus Burkes, sus Paleys, sus Bentham y otros muchos autores, oí a sus sabios, y quedé desengañado de que el daño provenía de los principios jacobinos. Estos son la caja de Pandora donde están encerrados los males del Universo. Y retrocedí espantado, cantando la palinodia, como ya lo había hecho en su tomo VI mi célebre amigo el español Blanco White.»

No se trataba, pues, a pesar de las observaciones de Zavala, de un demagogo insensato, sino de un convencido experto, cuyo temperamento lo obliga a la exaltación, pero también cuyas pasiones se mueven en un sólido cimiento de reflexión y de ilustración.

Mier dió principio a su dramática celebridad con un discurso sagrado; la selló con otro discurso profano. Y aún pudiera afirmarse que la famosa oración que niega la aparición de la Virgen de Guadalupe, es un discurso tan político como el que combate la federalización mexicana. Uno en 1794, otro en 1823 son elocuentes gritos